

Duérmete mi rey. Así sonaba la canción de José Luis Perales que todas las noches mi abuela colocaba en el radiocasete para acostarme; esperaba pacientemente las últimas estrofas de la canción para acompañarla con su voz a modo de nana. Yo siempre me hacía el dormido y mentalmente aguardaba con paciencia los pasos rutinarios de cada noche. A veces se daba cuenta y decía:

- *“Duérmete bandido”,*

y no podía aguantarme de la risa. Me tapaba con las mantas hasta el mentón y hacía presión con las mismas por encima de los hombros hasta que quedaban encajadas como un puzle. Me besaba en la mejilla y luego se iba lentamente para no hacer demasiado ruido. Cada noche, después de apagar la luz yo volvía a abrir los ojos y aguantaba así unos minutos contemplando la opacidad de la oscuridad,

observando, caracterizando cada esquina de la habitación como un radar en busca de alguna realidad fuera de lo normal. Escuchaba a los perros ladrar como locos y a las palomas gorgorear en el corral. Algunas veces, tarareaba la canción de José Luis Perales que tanto me gustaba; otras, imaginaba que era un defensor de la justicia que siempre ganaba las peleas con los malos, y otras... otras veces nunca me acuerdo.

Por la mañana, subía la persiana hasta que el sol me golpeaba como rayos laser en la cara desperezándome como si un jarro de agua se tratara; permanecía inmóvil tumbado boca arriba cubierto con la almohada hasta que regresa mi abuela a la habitación rene-gando:

- *“Ya es hora”*.

Después, bajaba a saltos las escaleras del cuarto, deprisa como las ardillas bajan de los chopos; apoyaba mi mano izquierda en la barandilla de madera pálida y la otra sobre la pared al mismo tiempo que saltaba como un resorte a pies juntillas. Dice mi abuela que un día voy a romperme la crisma.

Entraba en el cuarto de aseo y conjugaba el agua helada del lavabo con jabón de sosa hasta hacer tanta espuma que apenas apreciaba el color rosado de mis manos; mientras tanto, el aroma a café flotaba por el ambiente aromatizando cálidamente los comienzos del nuevo día, como también lo hacen las gardenias en primavera.

Los desayunos en el pueblo eran cosa seria: un tazón de leche y Cola cao relleno de galletas hasta formar la papilla más espesa y

contundente del mundo. Cuando veía que todavía quedaba algo de leche, añadía más galletas, más galletas, tantas como cupieran en el interior de la taza; algunas veces no podía comerme todo, mi abuela me regañaba y se lo echaba al gato. El gato sí que estaba gordo, no me extraña que no cace ratones.



Al salir a la calle, los bucólicos paisajes verdes de Abril me reciben con su mensaje de buenos días, el olor a hierba perfuma mis pulmones y los rayos de sol me volvían a declarar la misma guerra de todas las mañanas. Rápidamente corría hasta cubrirme con la sombra del tenderete. El tenderete era un cuadro de madera cubierto con paja y ramas de salguera donde los vecinos del pueblo se sentaban a la sombra a jugar a la brisca y hablar cosas de viejos: *“que si la vida está cara, que si fulano murió, que si estas bazas son nuestras, que si es Pascua o es Cuaresma , que si ganó o si perdió.”*

Poco tardaba mi abuela en solicitar mis servicios para ir a comprar a la tienda del pueblo a cambio de unas patatas fritas de esas de bolsa; pero sin picante, porque el picante me hace mal.

Por el camino tarareaba otra canción de Joan Manuel Serrat que tanto me gustaba: *“caminante no hay camino se hace camino al andar...”*

Al subir la cuesta siempre estaba el tío Terio. Era un hombre grande, grande, con un bigote blanco, blanco; siempre con una camisa de cuadros y un cigarro de esos de envolver en la boca. Su boina calada le tapaba la frente y sus diminutos ojos marrones presumían entre esos arbustos blanquinegros que algunos se atrevían a llamarles cejas. Despilfarraba su tiempo sentado en una hamaca en frente de la casa, viendo la vida pasar.

- **TERIO** - *¿A dónde vas viajero?*
- **YO** - *Voy a la tienda del pueblo a comprar un kilo de naranjas, un paquete de servilletas, una botella de aceite del bueno y unas patatas fritas para mí; sin picante, porque el picante me hace mal.*